



Zurita

Literatura como travesía y reserva de piedad



Polvo, sudor y hierro ha levantado, una vez más, la cabalgata de Zurita a lomos de la poesía. ¿Será que la estepa chilena no puede ser sino "terrible", como aquella por donde cruzó "al destierro, y con doce de los suyos", el más afamado de los héroes castellanos?

ana maría larraín

Cuando Rafael Zurita publicó su PURGATORIO, el año 79, pocos entendieron que se trataba no sólo de una añosa lucha contra el miedo y la desesperación, sino sobre todo una búsqueda zureta de la propia identidad, perdida en el "miedo del camino" y hecha literalmente trizas en el fuego del desierto. Una pérdida y una búsqueda de cuyas propiiedades y enramamientos, de cuyos besos y tremendos quiebros daba cuenta directa, por cierto, el lenguaje, en atascamientos discursivos gramaticales—y, por supuesto, métricos—que no se iban con tanta pertinencia quizás desde el propio Huidobro. "Ego sum qui sum", escribía a tiradas el poeta, atunando una vez lírica tan desvalida en glosa y balbuceos como esa lista de cuantos que aparece en la primera página, mientras parafraseaba al Yihov bíblico desde un rostro enmarcado, perdiendo la mirada en un vacío que sin duda era, también, interior.

*Me han repado la cabeza
me han preso estos horizontes de luna gris
—mamá sigue fumando
Es soy hueso de Arca aliger la hebida
lo que se movió entero de amor entre sus piernas.*

Ya en 1935, sin embargo, el crítico Ignacio Vilela consignaba a Zurita "como un digno descendiente de los grandes de nuestra lírica y de aquellos otros—Antich, Lihn, Barquero, Ulive, Teher—que ya no son tan jóvenes y que no poseen tener terrores del mismo calibre en la generación novísima". Y acto seguido, a raíz de la prohibición de algunos versos suyos en la revista Mascarón, Vilela se preguntaba: "¿Quién es este poeta que a los veintidós años rompe con una vez entretidamente propia y ya formada, con un timbre de inquietosa propiedad a pesar de la rigidez de su obra?".

Tomando sobre sí ese verdadero naufragio que, en nuestra cultura, experimenta la palabra en cuanto elemento comunicacional, el joven Zurita se aboca, entonces, a una lucha a muerte para intentar, conscientemente, el rescate de una función poética tan importante como hay devaluada, en un trabajo que yo llamaría alimético en el día-voz, recibiendo en la profundidad (lírica de su época e inicialmente meridiana en los ecos servidos de su canto. Un canto de notas lacrimadas y lacrimantes que, tras concentrar su expresividad al máximo, explota al final de un dantesco trayecto en un tormento gaseoso, exaltante, irracional. Un Canto que no es General aunque sí tremendamente universal, porque parte del dolor como experiencia concreta tanto en el ámbito individual cuanto en el ámbito colectivo—y culmina en el Amor como materia palpable y, desde luego, esencialmente modelar. A raíz de écos y otros vislumbres de un vuelo "profundamente ligado a mi país", según confesión posterior del poeta, va surgiendo así, en el interior de Zurita, una obra trabajada en el límite de las posibilidades personales y lingüísticas, concebida, por lo demás, desde su principio en el entendido arquitectónico de una gran utopía, de la cual ANTEPARAISO (1982) será el segundo vértice (o, más bien, el segundo pedículo de la escultura de Jacob) y LA VIDA NUEVA se apoya máxima, sparado después de diez años de trabajo intenso, en 1990.

Literatura como travesía y reserva de piedad [artículo] Ana María Larraín.

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Literatura como travesía y reserva de piedad [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile